

La Copa

Ignoro si es un sueño
o historia de algún mito.

Ya sólo sé que un día
me dieron a beber la copa de los vientos.
Era una copa clara, inmensa,
en cuyo fondo se agitaban tinieblas
y palpitaban ráfagos.
Creo que, de vez en cuando,
relucían pequeñas luminarias
entre la masa informe,
como estrellas brillantes
a través del follaje
de una selva en la noche.

Y yo bebí de aquella copa enorme
sin conseguir vaciarla nunca, pero
sin llegar a saciar mi sed extraña.
A veces perecíame beber el cielo claro
en un día de otoño o primavera;
sentía efluvios cálidos
y perfumes dorados;
una mezcla divina de sabores:
rosas, uvas, jazmines y naranjas.
Yo rejuvenecía y era
como si galopara por el llano,
potro feliz o sátiro embriagado.

Otras veces la copa me ofrecía
jugos acres y amargos; del invierno,
Un chorro helado por la espalda, entonces
me escalofriaba y los ojos lloraban
como por ver el sol.

Quise apartar de los exangües labios
la fantástica copa; mas no quiso el destino.
¡Y me obligó a seguir bebiendo!
Por mis fauces cayeron
vientos del polo blanco,
del desierto amarillo,
del océano glauco...
El viento multiforme, inagotable,
era de mil colores.
Yo bebía carbones y bebía rubíes.
¡El cielo entero se volcó en mi pecho!

Después... no supe nada;
pero me pareció que dentro de la copa
había un claro de luna.

Carlos María ONETTI.

Diciembre 1922.